



## Saraí

### Alexander Vargas Aguilar\*

La vi irse por una de las tantas callecitas angostas que tiene el centro de la ciudad capital. No podía dejar de pensar en sus ojos, tan grandes y redondos. Los vi y tuve la sensación de que podía caber en ellos mi rostro o la avenida central. Estaba frente a mí, preguntándome si yo era Alejandro, yo no sabía que decirle. Le dije que sí, después de cinco eternos segundos. —Soy Saraí—, me contestó, —¿Puedo ver el libro?—, saqué el libro de mi mochila y lo dejé reposar en sus manos. —Es precioso—, me comentó tocando el libro con esas pupilas tan oscuras y de un color tan puro, "Preciosa es usted que la noche se inunda en sus ojos", me hubiese gustado decirle, "Preciosa es usted que me recuerda los veranos de mi juventud". Saraí me comentó que había empezado a leer a Dostoievski hace poco, y que le llamó la atención la portada del libro, y que el precio le parecía accesible cuando vio el post en la página de Facebook. —*El jugador* es una buena novela, quizás no tanto como otras que escribió el autor, ya que es autobiográfica, pero tiene la misma esencia que las demás—, le comenté. Saraí sacó el dinero de un pequeño bolsillo de su chaqueta, y con un «gracias» se despidió. No tenía ganas de regresar a mi cuarto que tiene aroma a ropa mojada, preferí caminar por diversas calles, hasta que me olvide de los ojos de Saraí, pero sus ojos seguían presentes en mí, y en todo el cielo nocturno. Sentí que me veía en ellos, pero no a mí mismo, sino a ese chiquillo de diecisiete años que fui. A esa edad donde solo me importaba tres cosas: las mujeres, los libros, e ingresar a la maldita universidad.

Vivía con mis padres aún. Por aquel entonces me dedicaba oficialmente a estudiar para el examen de ingreso; y clandestinamente a robar libros en la feria de las pulgas e intentar ligar con alguna chica bonita. Y es que yo era pésimo ligando, creo que no habría podido ni con la más fea del salón. Y tal era mi mala suerte, que dejé el mal oficio de ligar para dedicarme exclusivamente a robar libros usados

\* **Estudiante de la Licenciatura en Derecho en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, Universidad Privada de Tacna, Perú.**

en los puestitos que había en la feria de las pulgas. Casi siempre que iba conseguía dos o más libros, la cuestión era calcular esos segundos en que el vendedor estaba distraído, para meter mi mano famélica entre los ejemplares que me interesaba llevarme. Nunca me chaparon, o eso pienso. Más de una vez creí que ellos me dejaban hacerlo porque consideraban que al momento de empacar tendrían menos peso que llevar. Los libros que conseguía casi siempre se los vendía a mis compañeros de la academia, o aquellos que iban en los primeros ciclos de la Facultad de Letras. Solo con unos cuantos me quedaban en mi biblioteca artesanal, con ediciones de todo tipo; ya en las tardes disfrutaba leer sus hojas amarillentas y apolilladas mientras el sol moría en la ventana de mi habitación.

No me iba tan mal en los cursos que llevaba en la academia, historia, geografía, y literatura eran cursos fáciles para mí. En álgebra, aritmética, y trigonometría era tan bueno como ligando con las chicas, o sea hasta las caiguas. Los días pasaban y el verano se iba yendo lento, quitándome poco a poco esas ganas de meterme a la playa los domingos, y tomar unas cervecitas con mis amigos los sábados. Mi cuerpo aún sentía esa angustia por no descubrir ese misterio de saber qué se sentía rozar mi piel con la piel de una mujer. Mientras más pensaba en eso, más ganas me daban de querer estar solo. Y mientras más pienso ahora en las ganas que quería estar solo, más pienso en Saraí y sus enormes ojos.

Había una chica. Y creo que debí mencionarla antes. Se llamaba Amelia, o creo que sonaba algo así su nombre. Quizás no la mencioné antes porque no fue alguien relevante en mi vida hasta casi al final de ese verano. Nos cruzábamos varias veces por los pasillos de la academia, y apenas nos dirigíamos algunas palabras en los salones en que coincidíamos. El examen de admisión se acercaba, y empecé a ir en las tardes a estudiar en la biblioteca de la academia. Sentía mucho estrés por el examen, e iba de la biblioteca a la cafetería consecutivamente. Siempre veía a Amelia sentada al costado de la vitrina de los sándwiches, y siempre coincidían nuestras miradas cuando me acercaba por donde estaba ella. Nuestras miradas coincidían tanto, que empecé a saludarla cada vez que la veía, y después de un par de semanas empezamos a socializar y empezó a haber más confianza entre nosotros. Amelia postulaba para Ciencias de la Comunicación, y no le iba tan mal en las matemáticas. Pero no entendía bien literatura. Así que empezamos a ayudarnos. Nos íbamos a uno de esos salones

**H**abía una chica.  
Y creo que debí  
mencionarla antes.

que nadie usaba, al fondo de uno de los pasillos, y lejos de todo ruido, estudiábamos los cursos en que no éramos buenos. Usaba la vieja pizarra para explicarle sobre literatura universal, sus autores y los libros publicados en cada año. Escribía en la pizarra lo necesario, y cada vez que volteaba para explicarle, veía sus ojos más grandes de lo habitual. Me hacía sentir raro, en un comienzo, y luego no le di importancia. Terminada la sesión, salíamos del aula, y caminábamos por el centro hasta llegar al paradero donde tomaríamos nuestros buses. En el trayecto conversábamos de muchas cosas, y poco a poco nuestras conversaciones se centraban más al sexo.

Amelia provenía de un colegio católico, y su familia, siendo religiosa, aceptaba todo tipo de libertades. Aun así, ella decidió ser una buena chica, reprimiéndose muchas cosas que las chicas de su edad querían experimentar. Pero por más rezos, y confesiones al cura de su iglesia, no podía quitarse de la cabeza la idea de pasar un momento a solas con un hombre en su cama, y querer sentir el calor de su cuerpo desnudo. Y en la primera mañana de abril, decidimos olvidarnos de las sesiones de literatura y aritmética. Esperamos al mediodía, cuando todos salían a almorzar. Cerramos la puerta con seguro, y el salón quedó en silencio. Ella estaba tan nerviosa como yo, nos acercábamos poco a poco, y nos besábamos abrazados uno al otro. Ella se quitaba la polera y el brasier, y veía sus senos redondos y algo caídos. Mis manos acariciaban su cintura, y subían lentos hasta llegar a sus senos, los presionaba suavemente, y la besaba mientras mis manos acariciaban su espalda. Veía sus ojos más de cerca, y juro que eran más grandes de lo que creí, y sentía por un momento que podía entrar mi cuerpo entero en ellos. Y la besé con más ganas, con más confianza. Ella también metía sus pequeñas manos dentro de mi camisa, palpaba mi pecho, mis hombros caídos, y mis brazos delgados; metía sus manos dentro de mi pantalón, y acariciaba mi sexo mientras yo la besaba en el cuello. La abracé por detrás, y la sentía más delgada de lo que creía. Presioné mi sexo con sus nalgas y sentía unas ganas de no dejar de abrazarla fuerte contra mi cuerpo; encontramos un fuego único en nuestro interior, que nos hizo inmortales, al menos por un tiempo.

Luego de ese día, empecé a sentirme extraño. Ya no quería leer más. Ni quería seguir robando libros a los vendedores distraídos, ya ni me interesaba el verano. Solo Amelia, y su cuerpo que me atraía como un imán. Cada vez

que nos encontrábamos, después de media hora metidos en algún ejercicio matemático, aprovechaba cualquier momento para abrazarla por detrás y sentir ese calor que me gustaba tanto. Aprovechaba siempre para acercarme a su rostro y darle un beso, y tal vez intentar la manera de quedarme en sus ojos tan oscuros y tan enormes. Pero, también cada vez que nos encontrábamos, ella permanecía más callada, más fría, indiferente, hasta sentirla ausente.

Se fue. No volví a verla más. No volví a besarla, ni a sentir ese calor que su cuerpo expulsaba y que a mí me gustaba tanto. En las noches me quedaba hasta tarde en la entrada de la academia para ver si me encontraba con ella. Pero nunca la encontré. Nada. Después de no haberla encontrado, me iba caminando solo hasta llegar al paradero de buses, con la sensación de que perdí algo en mí.

Seguí estudiando en el salón donde comenzó todo, ya no iba a clases, me encerraba en ese salón con los libros necesarios hasta la tarde. En las noches iba a la biblioteca, y también a la cafetería. Pasaron los días, y otras dos semanas, hasta que llegó el examen de admisión. No aprobé. Mis viejos renegaron, pero yo andaba feliz porque nunca me vi como un abogado. Me fui a un país vecino a trabajar en un almacén de verduras por un año, y luego volví a mi país para abrir una librería en la ciudad capital. Conocí pocas mujeres, y nunca llegué a casarme, menos tener un hijo.

Me fui haciendo viejo, y sólo pocas veces pude ver de lejos a Amelia cuando volvía a la ciudad a pasar la navidad con mis padres. Tengo la certeza que esas pocas veces que la vi me reconoció. Pero nunca me saludó. Me miraba con resentimiento, a lo lejos, como si le hubiera hecho daño. Sentía la necesidad de hablarle, de saber como estaba, y porqué desapareció de la nada.

Decidí buscarla la navidad pasada, meses antes de venderle a Saraí *El Jugador*. Caminé por distintas calles, avenidas, incluso pasé por esa academia donde estudiaba para un examen que no valía la pena dar. Y después de varios días, pude encontrarla. Estaba en un pequeño local, en una de las avenidas principales de la ciudad. Estaba frente a una computadora, haciendo no se qué. Pensé en irme, en caminar hasta la esquina y voltear de dirección, pero estaba ahí, y no podía dejar pasar esta oportunidad. Me acerqué, hasta estar casi frente a ella.

—Hola, Amelia— le dije. En ese momento Amelia voltea y me mira, su rostro estaba lleno de arrugas, pero sus ojos seguían igual de jóvenes. Me mira y no comprendo que es

**Me mira y no comprendo que es lo que siente. Pareciera que hubiese perdido la visión, o como si no me reconociera.**

lo que siente. Pareciera que hubiese perdido la visión, o como si no me reconociera.

—Hola.

—¿Cómo has estado?— le pregunto, algo nervioso. El rostro de Amelia se vuelve indiferente.

—Bien, no creo que sea buen momento para hablar, estoy en horario de trabajo...

—¿Pero podemos hablar luego?—. Amelia Exhala, y resignada me dice:

—Está bien, pero en la noche, espérame en el Café Siena a las ocho.

Ya en el Café, Amelia me explica que tampoco llegó a aprobar el examen de admisión, que se sentía mal por haber hecho algo que para ella fue impuro. Y no quería verme nunca más. Que se casó con un hombre mayor que ella, meses después del examen de admisión. Fue bueno con ella y aceptó cuidar al bebé que llevaba en su vientre. Fue una niña; y creció bien, aunque con la manía de coger cosas ajenas, me cuenta Amelia. —Ella ahora está en la universidad, en la ciudad capital, estudia Literatura—, me dice. —Sabe resolver sus problemas sola, es una chica muy inteligente—. Entonces me entra la duda.

—Amelia, ¿Yo soy el...?

—Eso a ti no te debe importar—, me contesta amargada— ella tiene una madre y un buen padre. ¿Entiendes? Estoy cansada, he tenido un día pesado, y créeme, volverte a ver no me ha sido nada satisfactorio.

—¿Pero, porqué?— en medio de mi recuerdo, los ojos de Saraí me interrumpen y se hacen más grandes.

—Porque eres algo que siempre he intentado olvidar, ¡Pero siempre estás ahí, en mis recuerdos, haciéndome sentir sucia! ¡Y por eso te odio! ¡Te odio! ¡Y ahora que vuelvo a verte siento tu olor a ropa mal lavada!—. Amelia se levanta de la mesa, y se retira.

—Amelia, por favor— le digo sosteniéndola del brazo—al menos dime dónde está ella, quiero...

—¿Conocerla? Eres bien idiota si crees que te voy a decir donde la puedes encontrar, rézale al cielo para que te haga un milagro. ¡Y no me vuelvas a llamar Amelia, soy Emilia! Idiota.

Esa sería la última vez que vería a Amelia. Acabo de llegar a mi cuarto lleno de cachivaches, a oscuras, pensando en que quizás no aproveché la única oportunidad que me dio el destino.